

Decimoquinto Domingo del Tiempo Ordinario A2023

Quiero comenzar esta homilía con una observación. Cuando una persona le dice a una otra “te amo”, muchas veces veo que la persona comienza a sonreír, lo cual es señal de que se siente bien o está feliz. Si por el contrario le dice “te odio”, la persona se asusta, se siente mal y tiene miedo. El sentimiento positivo o negativo que las palabras pronunciadas generan en un individuo es señal de que la palabra humana es un canal de energía que puede construir o destruir, hacer bien o mal a una persona.

En otras palabras, la palabra humana tiene el poder de tocar y transformar una vida; puede persuadir o disuadir a un individuo. Puede excitar o destrozar a un individuo. Puede influir en alguien de mala o buena manera. Si las palabras humanas son capaces de lograr tal objetivo, ¿cuánto más lo hará la eterna palabra de Dios? Más de lo que puede hacer la palabra humana, la palabra de Dios, con una alta intensidad de verdad, es poderosa y eficiente. Significa lo que dice porque nada es imposible para Dios. Mientras que la eficacia de la palabra humana se limita a las circunstancias de tiempo y espacio, la palabra de Dios es eficaz independientemente de las circunstancias humanas y en todo su pronunciamiento.

Así dice Dios por boca del profeta Isaías: “Como bajan del cielo la lluvia y la nieve y no vuelven allá, sino después de emparar la tierra, (...) así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí sin resultado, sino que hará mi voluntad y cumplirá su misión.”

Las preguntas que surgen aquí son estas: Si la palabra de Dios es tan eficaz y poderosa como dice el profeta, ¿cómo explicar que no todos la aceptan inmediatamente? ¿Por qué no todos se convierten una vez que la escuchan? ¿De dónde viene que algunos acepten la palabra de Dios mientras que otros la rechazan?

Jesús responde a estas preguntas con la parábola del sembrador. Para Jesús, la palabra de Dios es como las semillas que un sembrador planta en su campo. Así como el crecimiento de las semillas depende de la calidad del suelo, así el éxito de la palabra de Dios depende de las disposiciones del corazón de quienes la escuchan.

Las disposiciones del corazón de los oyentes están simbolizadas en la parábola por el camino, el terreno pedregoso, los espinos y la tierra fértil. En ese sentido, tenemos cuatro tipos de personas correspondientes a la calidad del suelo en el que caen las semillas.

Primero, tenemos oyentes cuyo corazón es como la superficie de una carretera. Son personas en las que la palabra no tiene posibilidad de entrar como la semilla no tiene posibilidad de desarrollarse en un camino que la gente pisotea constantemente. La razón que explica tal actitud es el poder del mal que arrebató lo que fue sembrado en el corazón, dice Nuestro Señor.

El segundo grupo es de oyentes cuyo corazón es como un terreno pedregoso. Estas son personas a merced de cada nueva moda. Viven por la moda y el modo. Dejan caer las cosas tan rápido como las han tomado. Son entusiastas por todo y por nada, pero nunca perduran en lo que han elegido. Están listos para empezar, pero nunca terminan lo que han abrazado. Nuestro Señor dice que tal actitud se debe a la falta de raíz.

El tercer grupo es de oyentes cuyo corazón está preocupado por todo tipo de problemas del mundo. Están tan ocupados y preocupados con muchas cosas que no

dan prioridad a las cosas de Dios. Sus múltiples preocupaciones los atormentan como espinas que sofocan plantitas para que se desarrollen con normalidad.

El último grupo es de oyentes cuyo corazón es como un suelo fértil. Como la buena tierra, están abiertos a la palabra de Dios. A medida que la escuchan, actúan en consecuencia. Tales personas entienden lo que el Señor espera de ellos y se esfuerzan por complacerlo. Sólo quien se esfuerza por acoger la palabra del Señor, por guardarla y ponerla en práctica, es capaz de producir frutos.

La parábola del sembrador nos enseña que el corazón humano es un espacio-capacidad múltiple que puede ser como la superficie de un camino, un terreno pedregoso, un terreno espinoso o un suelo fértil. Por lo tanto, las disposiciones del corazón juegan un papel importante en lo que la palabra de Dios puede llegar a ser en la vida de alguien. Cuanto más nos abrimos a la palabra de Dios y nos dejemos guiar, más puede crecer dentro de nosotros. Menos nos abrimos a ella, menos crece y da frutos.

En consecuencia, si queremos que la palabra de Dios crezca y dé fruto en nosotros, más vale que revisemos la forma en que nos abrimos a ella. Si nuestro corazón es duro como el suelo de un camino, si es impermeable como un terreno pedregoso o lleno de negatividad como un campo espinoso, nunca creceremos en nuestra fe. Por eso necesitamos trabajar en nosotros mismos para que nuestro corazón sea tan bueno como un suelo fértil es capaz de dar frutos. Esta es una tarea urgente que no podemos dejar para mañana.

La parábola del sembrador nos enseña también la confianza y la esperanza en Dios ante las dificultades y los fracasos de la vida. Si bien es cierto que el éxito de la palabra de Dios depende de la disposición de nuestro corazón, no debemos, sin embargo, olvidar que Dios actúa independientemente de las circunstancias humanas. Nada puede impedir que su palabra alcance el fin para el que fue enviada. Por eso, aunque haya obstáculos, como la superficie de un camino, un pedregal o un campo espinoso, que pueden impedir que la palabra dé fruto, siempre existe la posibilidad de que alguna semilla caiga en buena tierra.

Esto es un gran estímulo y una fuente de esperanza para cada uno de nosotros. Sean que sean las dificultades que la palabra de Dios pueda encontrar en el mundo; eventualmente dará fruto, porque Dios no siembra en vano. Aunque algunas semillas pueden caer en la superficie de un camino, en un terreno pedregoso o entre espinos, otras bien pueden caer en una buena tierra.

Aplicada a la educación de nuestros hijos, sus dificultades en la escuela o en la vida matrimonial, la parábola del sembrador enseña que sean que sean nuestros fracasos en lo que hacemos, siempre existe la posibilidad de que aunque sea una pequeña porción de nuestro trabajo tendrá éxito. Solo nos queda ser valientes, pacientes y seguir trabajando duro esperando una buena cosecha en el momento oportuno.

Isaías 55: 10-11; Romanos 8: 18-23; Mateo 13: 1-23



Fecha de la Homilía: el 16 de Julio, 2023
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230716homilia.pdf